

## CAPÍTULO XV

El incógnito descubierto. — El suegro enamorado. — El día de campo. — Diego Corrientes. — Lo que piensas te hago.

Pocos momentos después acompañado Pepe del señor Garduño marchaban ambos llenos de gozo y con el mejor buen humor, atravesando su camino por aquellas laderas y les fué á salir el sol á gran distancia de la villa, entretenidos en recuerdos de la escena del día anterior con la disrazada Amalia la bulli bulli, que como exhalación caminaba también regañando á su Tranquí, y consolando á la rubia pálida que lloraba la temprana muerte de su futuro á quien suponía en el otro mundo, manteniéndola la madre en su error para no dejar traslucir la verdadera causa de su repentino viaje, pues aun sentía el pánico de que fué víctima al ver empuñada su navaja por la mano fuerte de un hombre encolerizado que quería vengarse, y la última demostración se la recordaba á cada instante.

No estuvo sosegada hasta ponerse algunas leguas de distancia, renegando consigo misma de su fatal encuentro. Había dado la una de la tarde, cuando llegaban al pueblo de S. Cipriano Pepe el Diablo y el señor Garduño; al ir bajando la barranca para atravesar el arroyo que corre al norte de la población, y como á doce cuadras de distancia de la plaza vió Pepe á Camila que con un gran sombrero de palma puesto, estaba lavando en un recodo algo distante, su hermana Mariquita se entretenía en tender la ropa encima de las peñas y matorrales, y Conchita su hija, sentada á la sombra de una encina, entretenía al chilillo de pecho.

— Mire, señor Garduño, á mi futura nuera lavando en el reverbero del sol; vamos á ponerla en movimiento, ahora verá lo que le he dicho, es una ranherita de honra y provecho. Y ponién-

dose un dedo doblado en la boca silbó fuertemente, levantó ella la cabeza muy azorada mirando por todos lados ansiosa, y luego que los percibió, recogió violentamente la ropa que le faltaba que lavar, le echó encima el sombrero, tomó su rebozo y ligera como un gamo trepó sobre aquellas peñas á salirles al camino que debían de traer; cuando llegaron al sitio en que se propuso encontrarlos, estaba junto á un árbol de tejocote limpiándose el sudor de la frente con su mascada del pescuezo, tenía el rostro muy encendido de fatiga, su traje se reducía á unas enaguas de indiana, su rebozo corriente, y unos zapatitos de gamuza color de tierra con sus ribetes de listón verde.

— Qué bien dice el refrán, D. Pepe, exclamó luego que se acercaron los dos de á caballo, que el diablo no tiene cuando, qué lejos estaba yo de que anduviera por aquí tan buena alhaja. Señor, dé Dios á vd. muy buenos días, dijo al señor Garduño. — Buenos los tenga vd., niña, contestó. — Y dígame, D. Pepe, ¿pues qué remolino lo ha arrempujado por aquí? — Vine con este amigo á ver las mulas que están agostando en la Soledad, quiere empear un tronquito y lo traje á versi alguna le gustaba, sino que está aquello tan solo que mejor hemos preferido llegar hasta aquí por tal de descansar, y sólo te advierto que traemos un hambre devoradora. — Pues déme el estribo, me echaré en ancas, y vámonos para la casa. Tomó el estribo que desocupó Pepe y con mucho desembarazo se sentó en el caballo, le dió un talonazo y mirando que no hizo mayor caso dijo: — Vaya un penco que trae debajo de silla, D. Pepe, yo pensaba que el tal Cupido era más avisado, y le repitió otro talonazo con el cual dió el Cupido una fuerte salida. El señor Garduño, que desde que vió á Camila no le quitaba la atención, al ver dar al caballo el disparo creyó que se salía de la anca, pero ella bastante bien asegurada de la cintura de Pepe, dijo llena de gusto: — Ya volvió Cupido por su honor, no lo contenga, D. Pepe, déjelo que retoce con nosotros, está sobradito. — No seas loca, muchacha, déjalo aquietar no vaya á tirar la basura. — Si tal cosa sucediera, lo sentiría por vd. porque al fin y al cabo, á mí de todas maneras me lleva el diablo, ja, ja, ja, ¿es verdad, señor? — Sí, niña, es verdad que el diablo la lleva, y sin querer tuvo Garduño que reirse de la ocurrencia. Llegaron á la casa en la

que sólo estaba Manuel, después que le hablaron desensillaron sus caballos, y al meterlos para la caballeriza pasaron frente á la puerta de la cocina y vieron á Camila en el metate remoliendo la masa, y soplando afanosa la lumbre del comal; cuando estaban soltando los caballos dijo Pepe: — ¿Ya vió vd. á mi hija, señor Garduño, qué bien maneja el metlapil? — Sí, D. Pepe, no la pierdo de vista.

Salieron de la caballeriza, y se metió Pepe para la cocina con pretexto de encender un puro, en vano buscó lumbre, estaban las hornillas vacías, echó un vistazo por varios lados y no mirando nada de cosas de comer, hizo un gesto diciendo: — Qué malo le miro el ojo á la tuerta, Camila, ¿seguramente nos dejas sin comer, ni lumbre tiene tu brasero? Se puso ella muy encendida al ver al señor Garduño parado en la puerta con un cigarro dispuesto para encenderlo. — Si ahora se dilata la comida, dijo Camila parándose y quitándole al señor Garduño el cigarro, que lo encendió en la lumbre del comal, vd. tiene la culpa, D. Pepe, por no mandar avisar, ha sido día de lavar y no habíamos de dejar gastar el carbón de balde; mire, no sea guaje, aquí está la lumbre tapada con el hechicero, encienda su puro y lárguese antes que lo corra á cucharazos, no consiento calzonudos en la cocina; platiquele tantito al señor, y denme tiempo porque no soy escopeta. — Te ayudaré á prender la lumbre, echa carbón y soplaré. — Lárguese, lárguese, antes que le eche agua caliente, y empujando á Pepe, lo hizo retirarse dando á conocer su mortificación. Se fueron para la sala, y no había pasado un cuarto de hora cuando fué entrando Camila seguida de su hermana, y mientras que ésta saludaba, ella puso la mesa, y acto continuo comenzó á meter cazuelas y demás cosas diciendo: — D. Pepe, tráigame á su amigo antes que se enfríe la ensalada. Llamó á Manuel y los tres hombres se sentaron á la mesa y Camila se puso á servirles platos diciéndole al señor Garduño: — Vd. dispense, señor, lo poco y malo de esta comida, pero ya vió que estábamos en el arroyo y nos han cogido desprevenidas. A Pepe empezó á ponerle platos muy abastecidos, y le decía: — Coma vd., D. Pepe, coma vd. harto, y sólo porque le ha visto malo el ojo á la tuerta lo he de hacer comer hasta que reviente; voy á traer más, y volvió con otras tres cazuelas

con varios bocaditos improvisados, preguntando: — ¿Qué dice, D. Pepe, se quedarán hoy sin comer? si no se acaba cuanto le dé, le digo que es un pícaro, yo lo enseñaré á claridoso. — No seas vengativa, Camila, eso que te dije ha sido una chanza. — Delante de personas extrañas, esas son chanzas muy pesadas, D. Pepe, se figuraría este señor al oír eso de la tuerta, que yo soy una fodonga que no tengo enaguas que... y se puso á llorar como una Magdalena. — ¿Qué te sucede, mujer? dijo Pepe parándose á contemplarla, no tomes las cosas tan á pechos, no llores, fué una chanza, el señor es amigo mío de mucha confianza, por eso te dije esa broma, y la abrazó cariñosamente. — Para vd. será de confianza, para mí es de respeto: yo no soy de las que sufren claridades, tengo vergüenza, déjeme desahogar mi sentimiento, yo quiero á vd. mucho y por eso me duele más que haya pensado que se quedaban sin comer. Fué necesario que tomara parte el señor Garduño para sosegar su llanto, persuadiéndola Pepe con cariñosas razones, hasta que convencida dijo limpiándose los ojos: — Qué bien dice el dicho que quien bien te quiere te hace llorar; pero, D. Pepe, por vida de su idolatruña Clarita á quien ama vd. como á su vida, que no me vuelva á abochornar delante de las gentes. — Te lo prometo, hijita, y en prueba de ello dame un abrazo. Así lo hizo y siguió ya tranquila sirviéndoles otras cosas; le instaba al señor Garduño de una manera tan persuasiva que sin sentir comió mucho y muy bien; concluida la comida Manuel se fué para la tiendecita, y Camila con su hermana y demás familia para la cocina. Cuando se quedaron solos preguntó Pepe: — ¿Qué le va pareciendo á vd. mi hija, señor Garduño? sabe lavar, coser, guisar, y sobre todo ya ve vd. que tiene amor propio y vergüenza, ya vió también que es media marota, pica de jinete y decidora, es una taravilla que desde luego da á conocer que no es tonta, ni de malas intenciones.

— Hombre D. Pepe, le hablaré con franqueza, desde luego que la vi me simpatizó y conforme voy poniendo más cuidado la voy queriendo con extremo, me dió un dolor verla llorar que nada faltó para brincar las trancas, me gusta mucho una muchacha orgullosa de sus enaguas y que se tenga por mujerota. — Pues estése fuerte, amigo mío, porque nos falta mucho

que ver, conserve el incógnito, y no más escuche, porque quiero que por sus propios ojos pase cuanto me he propuesto hacer. Volvió Camila después preguntando: — D. Pepe, ¿qué toman vds. á la tarde, chocolate, café, te, qué es lo que acostumbra su amigo para disponérselo? — Yo cualquier cosa, niña, contestó Garduño, no se apure vd. por mí. — Pues sin que se ofenda, le diré que ese manjar cualquier cosa, no hay en las tiendas de aquí, y sonriéndose se le arrimó diciéndole con voz suplicatoria: Dígame lo que apetece, señor, no me mortifique. — Pues una tacita de te. — Eso me había de haber dicho, y no andar eligiendo cosas que no conozco, adonde me vuelva vd. con misterios me enoja. — Oye, Camila, le dijo Pepe, ¿qué no ha venido á verte ese pantalla de Reniego antes de irse con el jefe? — Sí, estuvieron hace tres días un rato, se llevó unas sábanas limpias, y me dejó su ropa sucia para que la lavara. ¿Vd. cree, D. Pepe, que sean tan fodongos que hacía quince días que no se mudaban la camisa? ¿qué dirán los que los vean tan puercos, que no tienen mujeres en su casa ó un real en la bolsa? — Le darías su regañada, sus pellizcos. — No, al pobre le obligué á mudarse de limpio lo mismo que al tal jefecito, y los corrí para que no dilaten su vuelta. — ¿Y ya acabaste aquella camisa que le estabas haciendo tan llena de reperiquetas? — Desde qué tiempo hace, conque también hice unos calzoncillos. — ¿A ver, veremos qué tal quedaron?

Se metió á una recámara y salió con una canastita en la que estaban ambas piezas primorosamente trabajadas, con anchas y variadas randas á cual más bonita, las estuvo mirando el señor Garduño con detención y sacando medio le dijo: — Este medio nuevo, para la costurera. — Gracias, señor, por su generosidad, aunque no lo merezco. — Qué ancho se pondrá ese taimado cuando se ponga estas prendas, dijo Pepe. — Mire, D. Pepe, vd. no más le está buscando tres pies al gato, no hace mucho le dijo á Tacho pantalla, ahora taimado, y dígame, ¿qué es envidia ó caridad? bien sabe vd. que yo lo amo con todo mi corazón, y mas que sea vd. su hermano y una persona que quiero como cosa mía, le sacudo el polvo. Recogió sus cosas y las metió para adentro saliendo por distinta puerta. — Ya ve vd., dijo Pepe, sabe manejar la aguja, y

ama de corazón á su futuro, no le gusta que ande sucio, y lo defiende con calor. — Cada cosa de estas, D. Pepe, me está enamorando.

En esto oyeron un ruido de tiestos, y á Camila que gritaba: — D. Pepe, D. Pepe. Salieron al patio y vieron á Camila que teniendo á los dos caballos del cabestro, veía con coraje el cántaro con que llenó la pileta, que uno de aquellos animales tiró de un hocicazo y lo hizo pedazos. — ¿Qué te sucede, muchacha? preguntó el llamado. — Ahora me paga vd. mi cántaro, este malcriado Cupido me lo ha quebrado; ya se ve, los pobres animales ya se morirían de sed, y como sus amos son colegiales, sólo se acuerdan de ellos á la hora de meterles las espuelas; tenga aquí tantito, voy á traerle los avíos para que los limpie, ¡qué lástima de calzonerías! Y le sonrió al señor Garduño diciéndole al pasar muy quedito: — No le digo á vd., señor, sino por ese diablo que me la ha de pagar.

— No se lo dije, señor Garduño, es muy decidora y taravilla. Volvió Camila con la almohaza, mandil y escobeta, tomó Pepe aquellas cosas y empezó con pachorra á limpiar su caballo, tan de mala gana que Camila usando de genio violento le arrebató el mandil de la mano, y sacudiendo perfectamente le dijo: — Con razón está este pobre animal tan encanijado, si es vd. tan desidioso, desde luego se conoce que es el caballito del diablo, ja, ja, ja, si me lo dejara aquí quince días yo le enseñaría cómo se cuida á un caballo. Ya vió vd. el cacomiztle ése que tenía Manuel, que compró en doce pesos, pues lo estuve cuidando y al fin lo vendió muy bien; pénelo así, hágale cariños, manoséelo y no que mire no más, hasta tiembla el pobre animal de lo azorado que lo tiene. A ver este otro. Se le arrimó y también lo limpió diciendo: — Este está mejor educado y es más nuevo, parece que no ha de ser tan matalote, yo lo vi antes venir repicando el sobrepaso y diciendo con pies y manos: Zacatecas, Zacatecas. — Según lo que veo, le dijo Garduño, vd. es una payita completa. — Sí, señor, siempre he sido ranchera, me crié con mis hermanos todo el día haciendo travesuras con los animales, pregúntele á Mariquita qué safacocas me daba mi madre por marota, mientras que mi padre celebraba mis machorradas. Cuando Manuel

tenía su pierna, yo le ayudaba á amansar sus mulas, y me gustan mucho toda clase de animales, los domestico tanto que me llegan á conocer. — Dígalo Tacho, replicó Pepe sonriendo; pero aun no acababa su frase cuando le menudeaban los mandilazos por las costillas diciéndole: — Le he de dar tantas sacudidas que al fin lo he de dejar pelifino. Y se llevó los caballos para la caballeriza. — ¿Qué tal, señor Garduño? — No sólo me enamora, amigo, me encanta, esto se llama una verdadera rancherita. — Pues ahora verá una catrincita. Cuando volvió Camila le preguntó Pepe: — ¿Qué todavía está de cura el padre D. Alejo? — Sí, y el pobre tata cura estuvo muy malo, lo tiró un caballo y por poco le quiebra una pierna. — Acompáñanos, vamos á hacerle una visita, ya cuánto ha que no lo veo. — Sí, pero me esperan tantito, voy á vestirme porque aunque las niñas son mis amigas, no vayan á tener visitas y haga uno el papel de recamarera. — Pues te esperamos allá afuera, vamos á sentarnos al poyito. Se metió Camila desatándose las trenzas, y ellos salieron por la tienda entreteniéndose en ver pasar algunos animales que traían á dormir á sus apriscos.

De repente se les fué presentando Camila de túnico blanco, un tapalito de burato y muy bien alisada. — Vámonos, ya estoy lista, le dijo á Pepe. — Vámonos, contestó, y se pararon, tomó ella sin ceremonia el brazo del señor Garduño y echaron á andar; ya que se habían separado un poco de la casa, dijo el señor Garduño: — ¿Sabe vd., D. Pepe, que no sería malo llevar nuestras cobijas, porque hace un airecito medio frío? Camila sin esperar contestación partió corriendo por ellas. — ¿Qué tal, qué le parece á la catrina que ligera es? — Ya no me pregunte, D. Pepe, no me ha simpatizado, enamorado, encantado, sino qué creo que me va á enloquecer.

Volvió Camila presurosa con la manga y el jorongo que fué á desatar de los tientos de las sillas, y prosiguieron su camino muy callados; al ver el silencio que guardaba el señor Garduño, le dijo: — Hable vd. algo, señor, no parezca boca de palo, no piense vd. en eso y se vaya á volver loco. — Tú eres capaz de volver loco á cualquiera, replicó Pepe, y como pareces cotorra quieres que todos sean lo mismo, el señor como no es un joven atolondrado, tal vez irá pensando en que al pobre de Tacho le

vas á dar ancas vueltas, y que mientras el infeliz está ahora viajando por esos cerros, tú te estás paseando muy ancha y engalanada. — ¡Ay! es verdad, y echó un suspiro... — ¿Qué de veras quiere vd. á ese joven? preguntó Garduño. — Sí, señor, como á mi vida, figúrese vd. que tiene todas las cualidades que yo me imaginaba allá en mis ensueños, con que un hombre pudiera labrar mi ventura. — ¿Y qué cualidades son esas? — Yo quería un joven que no fuera ni muy feo ni muy buen mozo, regular, alto porque me repugnan los chaparros, que fuera ranchero, es decir de á caballo, valiente, trabajador, formal, hombre de bien y pobretón, todo esto tiene Tacho, y además otras ventajas porque es muy humilde, callado, franco y nada tonto; él se hace socarrón; pero ya le cogí el modito y no dudo que seríamos felices. — ¿Y por qué no dice vd. que serán y no serán? — Porque según van las cosas, señor, nuestro enlace sabe Dios si al cabo se enfriola.

— ¿Pues qué se presentan algunas dificultades? — Dos muy principales, la falta de recursos y la aprobación de su padre. Pepe que oyó que entraron en materia se adelantó para dejarlos hablar más francamente. — Pues no dejan de ser obstáculos, dijo Garduño. — Uno es el principal para mí, contestó Camila. — ¿Será la falta de recursos? — No, señor, porque para casarnos, con tener para el cura, lo demás no importa, yo no necesito que me pongan casa, sé dormir en un petate y comer tortilla con sal, ó andaría con mi marido en el camino por esos mundos de Dios muy contenta de correr su misma suerte; lo que nos detiene es el consentimiento de su padre y aunque Tacho tiene esperanzas en que cierto dedo, el que va adelante, pueda conseguir su beneplácito porque tiene muy buena amistad y le dispensa su favor, yo me temo que no consiga nada, y por no tener un terrible desengaño me callo la boca y espero resignada hasta que Dios quiera. — ¿Qué motivos podrá tener el padre para negarse? — Yo no sé, pero con sólo que sepa que soy una pobre ranchera, huérfana, atendida sólo á las migajas escasas de mi cuñado, basta para que se niegue, él tiene sus interesitos, ha de desear para su hijo una mujer rica, elegante, buena moza, con que su hijo vaya bien colocado. — ¿Vd. conoce al padre? — No, señor, aunque poco más ó menos me lo

figuro. — ¿Y cómo se lo ha figurado vd., niña? — Pienso que será ya un señor grande, muy serrote, regañón, alto, y con las bondades del hijo, trabajador, franco, de buen corazón, en fin, considero á Atanasio como cuando sea viejo, pues ya sabe vd. lo que dice el dicho, de tal jarro tal tepalcate.

— ¿Pero no es más fácil que vds. se casen sin su parecer? — Quizajas, eso cuando, yo también tengo mi aspiración y es la única tranca que le puse á Atanasio, que yo no me casaba con él, sin que no oyera de boca de su padre que me adoptaba por hija. — ¿Y es esa la única aspiración de vd.? — ¡Ay, señor! ¿qué más quiere vd.? la más dulce y satisfactoria quiero tener en el padre de mi marido, al padre que Dios me ha quitado, amarlo como si me hubiera dado el ser, quererlo con delirio, que me trate como á su hija, y que si voy á dar tal vez á su casa no me reciba como nuera, ni yo le tenga el miedo que á un suegro; yo quisiera poder tener mucha confianza con él, y decirle: — Señor, no le busque vd. novia á su hijo porque nadie lo ha de querer como yo, es verdad que soy una pobre que no le llevaré más dote que mi corazón, pero está puro, jamás he dado mi brazo á torcer, soy honrada, no soy maníaca, y aunque no tengo bienes de fortuna, tampoco le exigiré sacrificios; yo le ayudaré á trabajar, en fin, le había de decir todo lo que siento en mi corazón.

Ya iba el señor Garduño á echar á perder todo, pues la ingenuidad de aquella candorosa muchacha, lo había conmovido en extremo, hasta el grado de pararse á escucharla y asomar las lágrimas á sus ojos; cuando Pepe que no había perdido palabra se volvió diciendo: — ¿Y si á pesar de eso, que en confianza le dirías á ese señor, aún se excusaba? ¿qué harías, Camila? — Pues entonces me quejaría á mi mala suerte, lloraría mi pena en secreto, me mataría la tristeza, pero no me casaría; yo quise mucho á mi padre, y por eso cada rato le sermoneo á Tacho que no le dé qué sentir al suyo, que lo ame, lo respete, que lo tenga contento; y ya lo ha visto por experiencia, después que le perdonó sus calaveradas le ha ido facilitando todo, hasta que parara su chinchorro y completara su fondo.

— Pero eso ha sido prestado, ese viejo es un miserable. — No diga vd. eso, D. Pepe, ni menos de su amigo, del padre de su

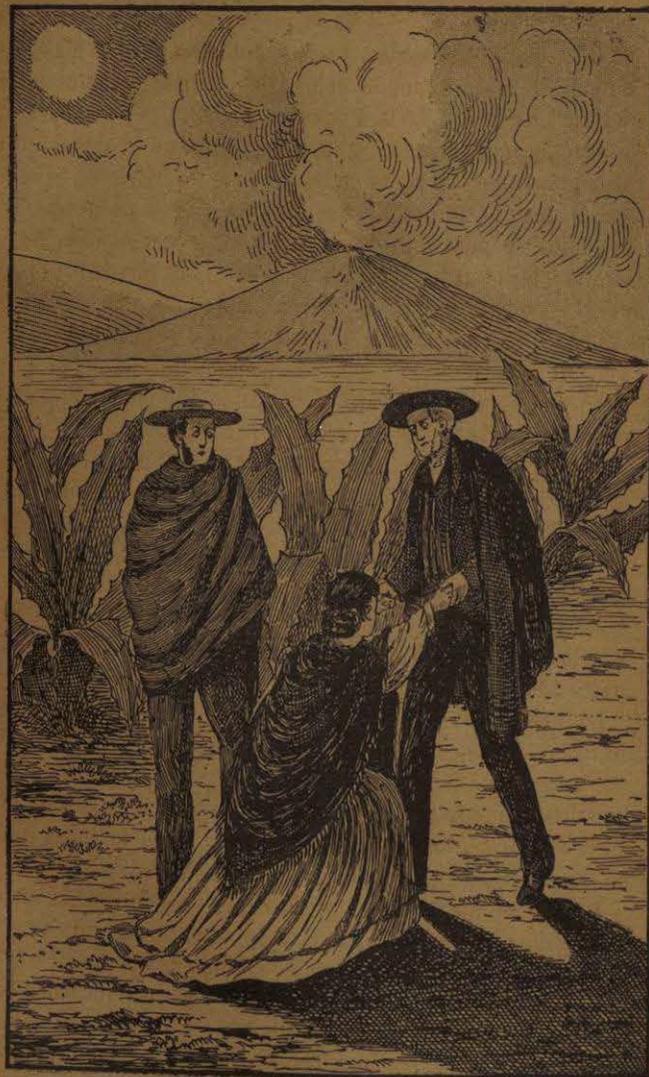
hermano, ¿qué más quiere vd. que hubiera hecho ese buen señor con su hijo después que hizo la vileza de huírse de su casa, que irle dando la mano? ahora, ¿cómo había de abrirle sus arcas sin saber si el muchacho volvía viciado, perverso ó mañoso? que se conozca que es hombre de bien y verá vd. cómo de veras lo protege, ¿es verdad, señor? — Es verdad, dijo Garduño con voz alterada impaciente de estar fingiendo. Pepe lo conoció, y tomándole un brazo lo obligó á seguir andando diciendo: — Lo que fuere sonará, marchemos.

Llegaron al curato, fueron muy bien recibidos del señor cura y sus hermanas, le hicieron mucho aprecio á Camila, los detuvieron á tomar chocolate y después la obligaron á que tocara en el arpa y cantara algunas cancioncitas, haciendo ella ambas cosas con mucha desenvoltura y gracia. Desde que acabó de templar y echó unos cuantos preludios, comenzó el señor Garduño á agravarse de la locura como él dijo que le causaba su futura hija, todo él se volvía oídos y ojos, su voz le parecía hechicera, aplaudía con entusiasmo y de veras parecía frenético. En esto, después de anunciarse con dos ligeros golpecitos en la puerta, á la voz de: pasen, que dió el padre D. Alejo, fueron entrando cuatro niños, otras señoras, D. Manuel, el español de la tienda grande, y al último un señor D. Juan, dueño de una hacienda inmediata, que llegó con su familia al pueblo, y era dueño de la casa que ocupaba D. Manuel. Se suspendió el canto de Camila, todos se pararon á saludar á las nuevas visitas, comenzaron los abrazos, se sentaron las señoras, los hombres se dieron las manos y D. Juan que era medio cegatón no había puesto mayor cuidado en las personas que allí estaban; agregándose á esto que el señor Garduño, luego que lo vió entrar, trató de arrinconarse excusándose lo posible para no ser reconocido; cuando obligaron á Camila á que continuara su canción, se paró D. Juan, sacó su cigarrera de plata, y empezó á ofrecer cigarros á los presentes, y poniéndose enfrente del arrinconado, con una agradable sorpresa exclamó abriendo los brazos: — ¡Cuánto bueno por aquí, mi amigo y señor Garduño! ¿cuándo dejará su genio chancero y bromista? me estaba excusando su amable persona para hacerme más grato su encuentro. Garduño todo cortado correspondió sus abrazos, en-

tonces D. Juan le dijo : — Ya sé que Atanasio volvió por fin a su lado, que es trabajador, ya se le habrá quitado el malestar en que lo tuvo; le doy la enhorabuena, venga, vamos cerca del estrado, voy á darle á conocer á mis hijas : muchachas vengan acá. Y juntando á sus hijas hizo que lo saludaran y abrazaran como á su mejor amigo. Fué tan sorprendente aquello que D. Juan había hecho y hablado, que Camila suspendió sus preludios, se puso muy encarnada y luego descolorida, no se atrevía á levantar los ojos, los dedos se le engarrotaban, perdió el tacto para pulsar las cuerdas, se le olvidó la letra de la canción que iba á cantar, y se reprendía á sí misma de haber sido tan frágil en manifestar sus pensamientos al señor Garduño, luego para consolarse, ella misma dijo para sí con tono resuelto : — Ya se lo he dicho en sus bigotes, y si ha escuchado de mí algunas majaderías, en el pecado ha llevado la penitencia, ¿quién le mandó hacerse pato? pero es una vileza que así se hayan estos hombres burlado de mí, ¿qué porque soy una pobre, he de servirles de entretenimiento? no, señor, mas que sea padre de Tacho es necesario darse por ofendida, no estaré tranquila hasta que se desenrede esta maraña. Y bajaba los ojos evitando siempre las miradas de Garduño, dejando traslucir su malestar.

Garduño, por su lado sin poder evitar tan inesperado descubrimiento y conociendo que siendo Camila tan sencilla debía por supuesto estar sentida, avergonzada, y en mucha parte colérica porque la había engañado, no se atrevía tampoco á mirarla sino á hurtadillas, avergonzado y como la había visto muy resuelta, temía una reconvencción de sus ojos.

D. Manuel que estaba en pretensiones de conseguir la mano de Lucecita, la hija mayor de D. Juan, la quiso echar de alegría se salió presuroso y á poco volvió seguido de dos músicos con una arpa y una jaranita que era todo lo que por allí hacía brava, y se improvisó un bailecito casero. Garduño y D. Juan se agarraron á la conversación con el cura, mientras Pepe, D. Manuel, y otros sujetos que éste trajo, se divertían muy gozosos. Se trató de poner una contradanza, fueron las hijas de D. Juan y lo pararon á fuerza, lo mismo hicieron las hermanas del cura con su hermano; faltaba todavía una pareja, y D.



Ven á mis brazos, hija mía...

había más que D. Juan y Camila sentados en el estrado por distintos lados, excusándose uno del otro hasta de mirarse; comprometió D. Juan á su amigo y no hubo más remedio que pararse; lleno de temor, vacilante, y no hallando ni cómo disculparse con Camila á quien consideraba abochornada y ofendida, temía que al pedirle que saliera con él á bailar le corriera un desaire ó le reconviniera su mala acción de haberla engañado, pero todos estaban pendientes de él, lo esperaban, y no habiendo más recurso se arrimó diciéndole cuando estuvo cerca de ella, sin que lo percibieran: — Quiero tener el gusto de bailar con mi hija querida.

— Y yo con mi padre de mi corazón, le contestó Camila parándose. Tomó su brazo y apretándosele con entusiasmo se le rodaron dos lágrimas que con mucho disímulo se limpió. Garduño también correspondió á su apretón extasiado; vió aquellas lágrimas rodar y sin querer se le arrasaron los ojos de agua disimulando su emoción con preguntar: — ¿Cuál es mi lugar, señores, cuál? — Aquí, aquí, respondió Pepe señalándole colocación, y al ver á Camila con una cara muy festiva acariciar el brazo de su amigo, se aventuró á decirle: — No puedes disimular tu placer al estar junto á tu tata, picarueta. — No lo niego, D. Pepe; pero no por eso se escapará vd. de mis manos, es vd. un infame, un pícaro, ahí ajustaremos cuentas.

Siguieron después bailando otras cosas, las muchachas les perdieron el respeto á los viejos, y bailó señor Garduño con más entusiasmo que ninguno hasta las once de la noche. Cuando estaban en las despedidas preguntó D. Juan: — ¿Cuándo es la marcha, amigo Garduño? — Mañana, señor D. Juan, mi venida fué repentina y he dejado todas mis cosas tiradas. — Imposible, señor Garduño, yo no lo dejo, ya cayó en mi poder, y no consiento que se vuelva tan pronto, quiero llevarlo á mi casa, que tome posesión de su pobre hacienda y para no hacerle mala obra, mañana mismo me da vd. ese gusto, sé que tiene muchas atenciones y no quiero ser necio; pero mañana, amigo, es vd. mío y se acabó, vamos á hacer un día de campo en celebridad de su venida. ¿Qué dicen, muchachas? — Que sí, papacito, respondieron sus hijas. — Arreglados y no hay que replicar, señor cura, niñas señores, maes-

tros músicos todos, todos se dan por convidados, en la tienda de D. Manuel es el punto de reunión, voy á mandar traer un carretón, caballos, y en la carretelita, nos acomodamos como se pueda; conviden á sus conocidos porque mañana vamos á hacer día de fiesta y á gozar un rato de gusto entre familias que rinden un corto tributo á la amistad. ¿Qué dice vd. de eso, amigo? — Aceptó, amigo D. Juan, y me anticipo á darle las gracias por su sinceridad. — Pues no hay más que decir, buenas noches, hasta mañana, de siete á ocho, en la plaza, ya quedamos. En la puerta del curato, siguieron las despedidas pues Camila era muy amiga de las hijas de D. Juan, y mirando éste que su amigo la llevaba, le dijo: — Excusado me parece suplicarle, señor Garduño, que no nos deje sin la presencia de esa chachalaca, á ver si alborotan á Mariquita, Camila, no seas egoísta. — Cuando, señor D. Juancho, si no puede dejar la casa sola, á sus criaturas y... — Pues hasta mañana. — Adiós, felices noches, y cada cual tomó su camino.

Sin embargo de la mutua inteligencia y muestras de aprecio, ninguno se atrevía á tomar la iniciativa, ya habían andado más de medio camino, y guardaban el más profundo silencio. Camila sola se quejó del frío, por única contestación, el señor Garduño la abrigó cariñosamente con su manga, y siguieron andando. Pepe fastidiado de tanto silencio, se paró diciendo: — ¿Por qué me has dicho, mujer, que yo soy un infame, un pícaro? ¿con eso me pagas el estar abrigada por tu padre? — Vamos á cuentas, D. Pepe, y ya que ha promovido vd. ese negocio que tanto he temido, ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de este sitio, si no aclaramos este enredo, es una vileza que los dos se hayan hecho á una para engañarme, ¿qué porque me ven pobre han de abusar de mi buena fe? dígalo vd. señor Garduño, ¿está esto bien hecho? y comenzó á llorar despechada. El señor Garduño dándole la concedida para disculparse le echó toda la carga á Pepe, que tuvo que agotar su ingenio para tranquilizarla, pidiéndole perdón de aquella broma; así que la infeliz se serenó un poco se dirigió al señor Garduño preguntándole: — ¿Qué será también una broma lo que me dijo vd. al pararme á bailar? ¿me habrán engañado mis oídos? ¿habrá sido esa luz de consuelo que alentó mi alma, como la

de un relámpago que sólo alumbró un instante para dejarnos sumergidos en las más horrosas tinieblas? desengañeme de una vez, porque esta incertidumbre me destroza el corazón. — Te lo repito, Camila, tú serás mi hija querida. — ¿Conque ya no estoy huérfana? ¿conque podré á su sombra consoladora en unión de mi marido formar una familia que lo ame con toda su alma? ¡Ay, padre mio! permítame que bese sus pies, que sobre ellos caigan mis lágrimas de gratitud, y se arrojó frenética á sus plantas, el señor Garduño conmovido la levantó y estrechándola contra su seno, también lloraba de placer diciendo: — Aquí contra mi pecho, hijita, este es el sitio que te pertenece. Un buen rato duró la escena muda hablando las lágrimas con más elocuencia que la voz. Pepe que también participaba de aquel sentimiento que á los otros dominaba, se limpió los ojos con su pañuelo, y acercándose á Garduño le dijo: — He cumplido mi palabra, amigo mio, ayer le he quitado una espina punzadora que le destrozaba el alma, hoy le he dado en esta muchacha el bálsamo consolador que borraré sus pesares; he aquí, señor Garduño, lo que deseaba para su hijo, una mujer de honra y provecho, á los dos les doy el parabién, no todas las diabluras de este pobre Diablo son fatales, hay algunas venturosas, y si acaso en esos amantes corazones queda algún lugarcito para el cariño de Pepe, será feliz en lo que cabe serlo un hombre que lo agobian sus propios pesares, sus irremediables males.

— Todos caben aquí, querido amigo, dijo Garduño dándose una palmada sobre el pecho, tengo un corazón muy grande, unos brazos muy largos, una feliz memoria, y una alma muy reconocida; jamás olvidaré que á vd. le debo mi reposo y la dicha que palpo. — Ni yo, prosiguió Camila, arrímese, formemos un grupo, aunque tengo que arreglar cuentas con el Diablo, quiero que Pepe participe de nuestro regocijo ya que ha sido tan bueno para con nosotros. Los tres se abrazaron, y después de derramar lágrimas de gozo, vertieron algunas como inequívoca prueba de reconocimiento y gratitud; todos tranquilos y satisfechos llegaron á la casa, Camila se quitó el túnico, sustituyéndolo con sus enaguas de indiana, y en un instante puso la cena y se sentó con ellos á la mesa, tratando á su

nuevo padre con tal cariño y confianza que lo tenía absorto, verdaderamente encantado. Después de la cena los condujo á la pieza en que les pusieron sus camas. — Ésta es para vd., D. Pepe; ésta para mi padre, exclamó, y salió á llevarles bacánicas; cuando volvió, estaba el señor Garduño en pechos de camisa sentado á la orilla de su cama, le tomó una mano, se la besó con respeto diciéndole: — Adiós, señor, hasta mañana; adiós, D. Pepe, buenas noches. Se separó andando con pasos vacilantes y cortos, llegó hasta cerca de la puerta, y dijo: — No, eso es muy frío. Se volvió corriendo, le echó un brazo al cuello á Garduño y dándole un tronado beso en la frente, exclamó: — *Siempre que me despida de mi adorado padre, besaré sus honradas canas*, y con la misma precipitación se salió para afuera reptiendo: — Buenas noches, buenas noches.

Quedó Garduño tan sorprendido de este arranque de amor de su hija, que no tuvo tiempo de contestarle, ni mucho menos de corresponder á su cariño, se quedó inmóvil mirándola retirarse cual una mágica sombra. — ¿Qué sucede, señor Garduño? ¿en qué piensa? ¿por qué se ha quedado extático? preguntó Pepe. — Sucede, amigo mío, que esta muchacha ya me ganó el hociq, y es capaz de hacerme andar de paso, tiene sobre mí tal influencia que me siento con treinta años menos, ese beso que me acaba de dar me ha rejuvenecido, me ha hecho olvidar mis continuos pesares y siento hacer en mí las esperanzas lisonjeras que antes he tenido al nacer mis hijos. Pienso en dar mil gracias á Dios porque no dudó que esta muchacha con ese genio inquieto y bullicioso me va á hacer disfrutar de las venturas de un padre, me va á llevar á mi casa la alegría que hace algunos años ha desaparecido de mi morada, y le hablaré con franqueza, amigo D. Pepe, con su ejemplo me va á volver el aprecio y los cariños de mis hijas; excepto la más chica, todas me miran con temor, mi presencia les causa mucho miedo, no tienen conmigo la franqueza que en unos instantes me ha dado á conocer este diablillo; me ha sucedido algunas veces llegar sin ser sentido, y oírlas estar en charla; pero apenas me han visto cuando se aterrorizan, enmudecen, se azoran, me retiro á mi despacho, se apodera de mí la tristeza, me domina el mal humor, y paso unos días y unas noches infernales; siempre

solo y pensando en mis infortunios, como mal, todo me parece insípido, salgo á mi quehacer, me fastidia el trabajo, me encorran los asuntos, no me distraen las tertulias, y como muchacho curtido, que le va repugnando ir á la escuela, así llevo á mi casa, á comer sin apetencia, á dormir sin gana, á proseguir en mi vida melancólica; yo no sé de dónde me tienen mis hijas tanto miedo, las trato bien, les doy gusto en cuanto quieren, y sin embargo no me manifiestan su amor, es verdad que con los hombres he sido tieso y me he amarrado los calzones; pero no he sido un Nerón. La más grande participó del temor y respeto que aquéllos me tenían, y naturalmente contagié á las otras dos y ahora, sólo esta Camila puede hacerlas mudar de costumbres, infundirles valor, y á su imitación hacerlas que me tengan cariño y confianza, que vuelva mi casa á estar en animación, por último, que acabe mi existencia sin tanta amargura, sin tan insufribles sinsabores; le repito mi agradecimiento, á vd. le debo mi felicidad, jamás olvidaré sus favores, siempre seré su mejor amigo.

— Ninguna duda pongo en sus pensamientos, señor Garduño, y desde ahora me complazco en su dicha, Dios se la deje disfrutar por mil años. Vamos á dormir, feliz noche. — De veras feliz, D. Pepe, ¡bendito sea Dios, alabo su Providencia Divina! Buenas noches. Y apagó la vela.

Al otro día, cuando se levantaron ya estaba la sala barrida, Camila ya había echado de almorzar á los caballos, y estaba muy afanosa acabando de limpiar las jaulas de sus pájaros, violentó su operación y arrancó para la cocina volviendo con el desayuno que colocó en la mesa, se dirigió á Garduño dándole los buenos días, y presentándole un lebrillo con agua y paño de manos le dijo: — Lávese, antes de que se enfríe el chocolate. Obedeció su mandato, y se sentó á la mesa con Pepe que hizo lo mismo, se le acercó al oído Camila y le dijo quedito: — ¿Me deja vd. mi traguito, eh? Él hizo seña que sí con la cabeza á tiempo que Mariquita entraba á saludarles, y al ver á Camila echada de brazos sobre la visita y secretarse, se puso muy encendida y no pudo menos de decirle: — ¿Qué es eso, Camila, de cuándo acá te has vuelto tan confianzuda? Señor, vd. perdone, pero creo que se ha vuelto loca esta mujer. —

Tienes razón, hermanita, no sabes nada, que te lo digan ellos; D. Pepe, desengáñela, porque me echa unos ojos que... Y se metió para su recámara. — ¿Ha visto vd. esto, D. Pepe? exclamó Mariquita, cada vez más sorprendida, de veras que esa criatura ha perdido el juicio. — Siéntese vd., Mariquita, yo le explicaré todo; vd. bien sabe el amor que se tienen Camila y Tacho, y tiempo ha que como hermana mayor ha dado su consentimiento para que se casen, el señor Garduño que mira aquí presente, sólo ha venido con el objeto de conocer á su nuera, á arreglar lo necesario para que cuanto antes se efectúe el matrimonio, anoche cuando volvimos, ya estaban vds. recogidos, y ahora pensábamos ir á hacerles esta revelación, ratificar su beneplácito, y proceder á las demás cosas consiguientes; Camila desde anoche, ha sido admitida como la hija de este caballero, y no es extraño que por eso la haya visto tan marcialota y confanzuda con su padre. — Señor Garduño, dijo Mariquita muy cortada, vd. colma de delicias nuestro corazón, no hallo voces con que explicarme, con que poderle dar á entender mi gratitud, el consuelo de ver á mi hermana tan bien colocada, tampoco sé cómo dárselo á entender; es una muchacha atarantada que por ser violenta, muchas veces no sabe ni lo que hace, y si por desgracia le diere en qué sentir, no culpe vd. á su corazón porque es muy sencillo, si no á su atolondramiento, á su carácter inquieto y búllicioso, haga vd. de ella lo que guste, proceda como quiera, yo se la entrego, descargo mi conciencia de ese peso, y siempre le viviré reconocida. Le contestó Garduño manifestando su placer, y ya quedó por ese lado concluido el negocio. Salió Camila, de un sorbo vació el traguíto que le dejó su padre, y le dijo á Mariquita: — ¿Ya te dijeron, hermana, las palabras del epazote? ¿ya le diste las gracias á este viejo tan feo y tan enmarañado? ¿cuidado cómo me vuelves á poner cara de herrero mal pagado, eh? y quitándole el sombrero á Garduño, comenzó á asentarle el pelo con un peine regañándolo porque se meneaba, le amarró la corbata, de una bandejita que tenía con tabaco en el cajón de la mesa, le abasteció la cigarrera, sacó un pañito limpio y se lo cambió por el sucio, lo hizo parar, le abrochó bien el chaleco, enderezó el cuello de la camisa, peinó la barba, y mirán-

dolo de arriba abajo le preguntó: — ¿Qué le falta? ¿qué más quiere? hable, por Dios no sea boca de palo. — Nada, hijita, contestó sumiso, haciéndole un cariño. — Pues lárguese; D. Pepe, vayan á ensillar, que si no es por mí, los caballos almuercan versos y buenas tonadas; ¡ah! qué payitos de agua dulce, y haciéndolos salir les indicó el cuarto de las sillas. Al estar cogiendo los frenos dijo Garduño: — Qué le dije á vd. anoche, D. Pepe, ¿es verdad que esta criatura me va á hacer andar de paso? ¿quién demonios no se amansa con semejante manoseo? en un abrir y cerrar de ojos me ha puesto como nuevo, me maneja como si fuera un chiquillo, me regaña, por último, me ha echado de su presencia bonitamente, ¿y qué hace vd. con una bisbirinda como ésta, más que quererla y no más quererla? ya nos echó nuestras indirectas, y ni modo de contestarle; somos charritos de agua dulce, primero nos desayunamos que ver á nuestros animales; pero ella como buena fuereña de nada se olvidó.

Estaban ensillando, cuando Camila en enaguas blancas se asomó, llamó al señor Garduño con la mano, lo hizo entrar en su recámara, y dándole el escarmenador se le puso enfrente agachándose un poco, diciéndole: — Pártame la raya, y cuidado con arañarme. Garduño no se resolvía á negarse, jamás había hecho semejante cosa, no sabía ni cómo coger el peine, y muy atrojado le contestó: — Me mandas unas cosas, hija, que yo no sé, llamaré á tu hermana y... — Está ocupada en la tienda, por eso llamé á vd., si no sabe enséñese, no sea torpe, sobre que lo dicho dicho, de tal jarro, tal tepalcate, lo mismo era Tacho, no saben vds. más que manejar bestias; tome así el peine, y derecho, derecho páselo sin miedo, cuidado con rasparme el casco, vamos á ver. Hizo señor Garduño la operación todo tembloroso, se arrimó ella á verse en el espejo de su almohadilla, y riéndose con todas ganas decía: — Qué derecho tuerce, padre mío, si así maneja la yunta de veras que saldrán los surcos como culebritas, ja, ja, ja, vamos otra vez, porque no me hago las trenzas hasta que vd. aprenda.

Volvió Garduño á repetir la operación, puso más cuidado y quedó la raya derecha, también volvió Camila á verse en el espejo, y dijo: — Ahora, sí, ni quien le diga nada; ¿y cómo le

dicen á vd. sus hijos? — Los hombres me han llamado señor padre, y mis hijas me dicen papá. — Pues yo, la verdad, no le he de decir á vd. de ninguna de esas dos maneras, porque no me gustan. — ¿Pues qué tienen? — Nada, son muy comunes, pero no indican aprecio; señor padre es tan respetuoso que choca, porque ni al mismo Dios tratamos con esa sumisión, no le decimos Señor padre nuestro, que está su merced en los cielos, ni le hablamos sino con mucha confianza; si es el papá, eso sí que no comprendo lo que quiere decir, es una palabra de tiro simple, no, señor, yo le he de llamar á vd. padrecito, con amor, no lo tutearé porque siempre me merece veneración, ¿le gusta ese nombre? — Sí, hija, llámame como tú quieras. — ¿Qué voy de túnico ó de enaguas? — Como fuere de tu gusto. — Al cabo no van gentes de cumplimento, mejor iré de enaguas, porque si llevo el túnico blanco es muy delicado, y el de lanita no quiero que se me manche, no tengo más que esos dos, vale que ya me los han visto y saben que tengo mi ropita, ahora como vamos á marotear, es mejor que lleve mis enaguas viejas, ¡qué lástima que mis zapatones tengan los tacones chuecos! si no también los llevaba puestos; ¿cuál le gustan más de estas enaguas, las verdes ó las canarias? — Las dos te deben estar muy bien; pero según las cuentas que haces, lleva las verdes que son menos delicadas.

Acabó de hacerse sus dos hermosas y prolongadas trenzas, y se puso las enaguas verdes. — Présteme tantito su banda, porque la verdad la mía está muy descolorida, fájese este ceñidor que es muy fino, es de otate, yo lo tejí. Diciendo y haciendo, despojó á Garduño de la banda, y lo hizo ponerse el ceñidor. — Y oiga, padrecito, ¿le gustan los zapatos de color? — Sí, mi vida, todo me gusta. — Bien haya quien lo parió, que no es patarato; voy á estrenar éstos de raso que me trajo Tacho desde hace tiempo, y vea vd., son también verdes, voy á parecer perico, ja, ja, ja. A todo esto, padrecito, ¿á que no se ha acordado de convidar á Mariquita, como se lo encargó su amigote? aunque no ha de ir, bueno será que por vd. no quede. — Voy á verla, hijita. Y salió Garduño á convidarla, se excusó prudentemente quedando muy contenta de que se hubiera acordado de ella, salió Garduño al patio y le preguntó Pepe : —

¿Pues qué ha hecho, amigote, adónde estaba? — Con esa diablillo que me está sacando fuera de quicio, ¿vd. cree que me vi atrojado para partirme la raya? en mi vida había tomado un peine para semejante operación, me ha enseñado sus trapitos, consultado mi gusto, reprendido, acariciado, en fin, se ha tomado unas confianzas, que la verdad, ni mi mujer las usó conmigo; no hay remedio, ya me ganó la voluntad y soy moro al agua, desde hoy estoy regenerado, á mí también me va á educar, á amansar, ya me va quitando lo mañoso, me va á de buen humor, y al estaría contemplando tan franca, tan sencillota y querendona, me extasia. Asomó Camila la cabeza y volvió á llamar á su padrecito. — Qué bueno es vd. para un encargo, ¿qué dijo Mariquita? — Que no puede acompañarnos, que lo sentía mucho, la casa, los chiquillos, en fin, se excusó. — Pues que lo deje, quién le manda tener tantas raíces; ahora vamos á otra cosa, siéntese aquí. D. Pepe me dijo que venía vd. á empelar un tronquito, es así ¿qué sólo vino á conocermé? luego yo soy la mula que vds. buscaban, y tanto á mí, como á Tacho nos han tratado de animales de tiro, yo no he de dejar pasar esa broma, como él es tan jarochoñ necesito que vd. me ayude á desquitarme, y como creo que lo dijo por vía de chanzoneta, de la misma manera quiero vengarme, y darle una suaca, ¿qué dice, me ayuda? — Sí te ayudaré. — Pues cuando yo le haga una señita me lo afianza y le doy su festejada, me la ha de pagar ese indino; vaya á ver si están listos los caballos, porque yo quiero ir en el overo con vd.

Salió Garduño, y mirando que ya estaban listos, le gritó : — Camilita, en marcha. Se despidieron de Mariquita, Camila la abrazó diciéndole : — No tengas cuidado por mí, ya ves me voy con mi padrecito, adiós. Y se subió sobre el pretil del corredor á esperar que Garduño arrimara su caballo, para sentarse en las ancas sin ajar sus enaguas; al verla tan aseadita, luciendo un bonito pie, las ondas, citarillas, y encajitos, de sus enaguas blancas muy limpias, las de encima muy almidonadas, su rebozo de bolita terciado, asomando en su torneado brazo una manga de camisa con una hermosa randa, sus largas y sedosas trenzas sueltas, su sombrero de lado, y una carita de fiesta, en que sobresalían unos ojos tan picarescos, se la quedó mirando

Garduño extasiado, y acercándose le dijo: — ¡Qué linda eres, hermosa guacamaya! ¡toda tú respiras venturosas esperanzas! ¡Dios te bendiga! acomódate. — Hasta que dijo algo la novia, que corten pan y coman sopa, ja, ja, ja, y se sentó violentamente haciéndole cosquillas á Garduño, que al sentir su mano hizo un fuerte movimiento y el caballo se despachó, Camila se reía con ganas diciendo: — No le meta, amo, no le meta, porque este overo se comió un indio, y con otras mil chanzas que Garduño celebraba, y Pepe ya suponía, llegaron á la plaza; ya estaban allí varios de los convidados y no tardaron los demás, la mayor parte de las señoras se resolvieron ir á caballo, de manera que en el carretón sólo fueron las criadas y los músicos, comprometieron á Garduño á que fuera en la carretela con D. Juan, el cura, y D. Manuel, y no pudiéndose excusar se volvió á ver á Camila y le dijo: — Ya ves la instancia que me han hecho, no puedo ir contigo. — Pues me alegro, le contestó, porque irá vd. más cómodo, no se asolea ni yo voy mortificándolo, á lo que se agrega que ahora me voy solita en el overo haciendo diabluras y retozando con todas: ¿no se enoja vd. conmigo si le estropeo su caballo? — No, mas que lo mates. — Pues entonces, al rey por compadre, acórteme el estribo. Cuando estaba subida tendió con mucho desembarazo la pierna enseñando su diminuto pie diciéndole: — Amárreme esa mascada, porque sino se me roza mi zapato nuevo, ahora preste su cuarta, voy á ver qué casta de pistles usa mi padrecito debajo de su silla, les voy á meter el jocoque á esas jinetas. Se sentó bien, empuñó la cuarta, templó las riendas, y sin excusarse de ninguno le estiró las barbas á Garduño con mucho cariño diciéndole quedito: — Estas, sólo yo las estiro, y luego hablando recio: el que á Dios busca, adiós, caballero. Y partió á darles encontronazos á las demás que puso en alboroto, soltándoles mil dichos y haciéndolas gritar.

Se pusieron en marcha, iban ocho niñas á caballo bajo la vigilancia de Pepe, el carretón marchó primero y la carretela venía después; cuando salieron de la población, empezó Camila á apostar carreras tratando de colear á los caballos de las otras y fué necesario que la regañara Pepe para hacerla ir en juicio;

ya que habían andado un gran trecho, D. Juan que vió las confianzas de Camila con su amigo, empezó á bullirlo diciendo: — ¿Qué mano, señor Garduño, que se nos va volviendo cebolla de entre las manos? Camila es una lumbrecita capaz de hacer arder un corazón de nieve, quién sabe qué secretito le dijo, y luego le estiró las barbas, eso da mucho en qué pensar y no me maravilla porque cuando el tiempo ayuda, hasta los troncos secos retoñan.

— Tiene vd. mucha razón, señor D. Juan, ¿pero qué no hacen con uno sus hijas? esa muchacha Camila va á hacer conmigo cera y pábilo, es la futura esposa de mi hijo Atanasio; he venido á conocerla y violentar su matrimonio, anoche que fui al curato quería tratar desde luego ese negocio con el señor cura, hoy á la vuelta ó mañana le allanaremos. — Cuando vd. guste, caballero, respondió el cura, soy el primero en darle la enhorabuena, conozco á esa niña mucho tiempo hace y le aseguro que como pastor la siento mucho, me va vd. á dejar sin una de mis ovejas más queridas, es una guapa muchacha de lo que hay poco, y digna por mil títulos de mejor suerte. — Sí, amigo Garduño, prosiguió D. Juan, lo felicito sinceramente y me alegro muchísimo, figúrese vd. que puedo decir que la vi nacer, casi casi ha crecido en mi casa, su padre fué un pobre ranchero muy honrado, y aunque ella se crió entre los hombres y la ve tan machorra y habladora, tiene un corazón bellissimo, parece muy avisada, veterana, bisbirinda y boruquenta, pero sólo es efecto de su genio que es una lumbré, al lado de vd. esa criatura, y si se ilustra, va á subir un ciento por ciento de mérito, y puede ser que llegue á llamar la atención, es muy viva, dócil, y tiene cualidades recomendables, que en estos páramos se pasan desapercibidas. — Sí, señores, todo es verdad, dijo Garduño, yo estoy contentísimo, tengo en esa criatura cuanto apetecía, es un tesoro, una alhaja de inestimable precio, y bendigo sin cesar á la Providencia por mi venturoso hallazgo.

D. Juan que había sabido que Camila le había dado varios descolones al español D. Manuel, que trató en vano de burlarse de ella, por bullirlo le dijo: — Y vd., D. Manuel, ¿qué opina de la ventura que mi amigo se ha encontrado en este escondido pueblo, en este páramo? — Basta que el señor lo diga, y

vos. así lo juzguen para que no se dude; pero hay un dicho que dice que por el sobrescrito, se saca la carta, y me parece muy difícil haber hallado tantos méritos y bondades en este miserable pueblacho soterrado entre los bosques; es verdad que esa joven es muy avisada; pero no pasa de la viveza del conejo. No ha tenido educación, sociedad, y sin estos requisitos no es alhaja de tanto valor como supone su futuro padre. — Permitame vd. que le conteste, dijo el señor Garduño, he dicho que es un tesoro y alhaja de valor inestimable; ¿vd. duda que tales cosas se hallen en un páramo, en un miserable poblacho? no hay cosa más apreciada que el oro y la plata, ¿y adónde se encuentra ese tesoro? en los páramos, en los desiertos, en las entrañas de los cerros, en las profundidades de la tierra; y nada tiene de extraño que en un poblacho me haya encontrado lo que para mí es un tesoro. Lo mismo sucede con las alhajas, cuanto más valiosas, tanto más es el trabajo en su adquisición, díganlo los pescadores de perlas, los buscadores de brillantes, y pregúnteles ¿de dónde las sacan? En fin, esta niña es un diamante sin pulir, que sin mayor trabajo lucirá haciendo opacar sus brillantes luces á más de cuatro piedras falsas; si yo quiero dar á conocer su valor, y que sea admirada, lo conseguiré sin sacrificio, podré presentarla hecha una gran señora, y es más fácil que ésta imite sus maneras y maneje el abanico, que aquélla tire el traje y empuñe el metlapil, aquélla sólo es un mueble de lujo, carísimo é inútil, me entiende vd., señor D. Manuel, ésta, es el verdadero tesoro que yo buscaba, una mujer que en cualquiera situación sea útil, no una carga onerosa que sólo sirva de estorbo.

En esto quiso fumar una de las niñas, y no llevando Pepe yesca, se arrimó Camila y le hizo seña al señor Garduño que le diera un cigarro, interin lo sacaba, dijo D. Juan: — ¿Qué pecado añejo tendrá el overo, Camila? ¿mira no más cómo lo has hecho sudar? Tomó ella el cigarro encendido de su padre, y con desenfado le preguntó: — ¿Qué ya acabó vd. de abonar este penco que le fiaron al tiempo? — Sí, hijita, ya está desquitado. — Ya lo oyó, D. Juancho, no suda el ahorcado, y suda su compañero, porque ve sudar á un caballo ajeno, ja, ja, ja. — No deja pasar nada esta bribonzuela, dijo D. Juan, y se rieron

todos de la ocurrencia. No hallando D. Manuel cómo poder coger un renuncio á Camila para desprestigiarla, dijo: — Es tan aguda, que se pasa de la raya, y propiamente tira á malcriada. — Vea vd. lo que son las opiniones, replicó D. Juan, yo no he recibido eso sino como efectivamente es, una agudeza, y bien mirado tiene razón, porque no dice nada el dueño del overo, y yo me admiro de verlo sudado, sin advertir que han venido travesando.

— Pero eso de preguntar si está pagado, tiene su punta de sátira, es una pulla que no venía al caso, sostuvo D. Manuel. — No, señor, prosiguió D. Juan, en la preventiva de la agudez, como quien dice: mira cómo su dueño no se apura, es suyo, no te entrometas, y luego siguió la contestación: no suda el ahorcado, etc. Siguieron discutiendo aquello, y siempre sacaba D. Manuel la peor parte, veía á Camila que con unas chapas de color lindísimas por la fatiga, estaba muy bonita, tan despejada haciendo bulla y charlando con las otras, que hasta entonces empezó á conocer que no era tan cualquier cosa, y se mordía los labios de coraje de haber sido tan guaje, pues teniéndola como dicen del pie á la mano, un desconocido se la birlara; trató primero de chonguearla, le decía algunos dichos y florecitas á las que ella jamás contestó, fingiendo que no las oía ó entendía, ocurrió á las vías de hecho, la encontró sola en uno de los callejones, trató de tomarle una mano, se defendió, quiso por fuerza abrazarla y le dió tan fuerte gatzatada que lo tiró sobre un maguey de costillas, y siguió impávida su camino; proyectó hacer las paces, y con pretexto de proteger con ropa á Manuel el cuñado, tuvo entrada en la casa, cada vez que la miraba se enamoraba más, ella no hizo mérito de su antigua llaneza, él creyó que la había olvidado, y empezó á fuerza de obsequios á insinuarse; tampoco adelantó nada, por fin no quería prescindir y un día se resolvió á ir con toda formalidad á pedirle su mano, no estaba allí el cuñado, y se fué metiendo buscando gente con quien hablar, se encontró con Camila, de trapillos puesta al metate haciendo tortillas, se le cayeron las alas del corazón, no se atrevió á declararse, y al irse decía hablando para sí: — Esta mujer es moneda falsa, ¿cómo me voy á enlazar con una molendera? ¡qué lástima de carita! yo